

cia mi; yo acudo á él; pero pone el pie en falso, resbala, y se cae en el agua. Doy yo un chillido, se vuelve mi señora, ve caer á su hijo, echa á correr como un relampago, y se tira al lago tras de él...

— Ah! desventurada! Si hubiera yo hecho lo mismo! Si me hubiera ahogado!... Ay! estaba conteniendo al mayor que se queria arrojar tras de su madre... Mi ama bregaba con el niño en los brazos... No había allí ni hombre ni barco, y se tardó tiempo en sacarla... El niño está bueno, pero la madre... el susto, la caída, el estado en que se hallaba... ¿Quien mejor que yo sabe lo peligroso que es esta caída? Estuvo mucho tiempo sin sentido. Apenas hubo vuelto en sí, cuando preguntó por su hijo... ¿con que demostraciones de alegría le abrazaba! Creí que estaba fuera de peligro, pero esta viveza se apagó de allí á un instante. Quiso que la trajeran aquí, y en el camino se ha desmayado varias veces. Por algunas ordenes que me ha dado veo que no cree levantar cabeza. Que desdicha es la mía! no sanará. La señora de Orbe está mas desfigurada que ella. Todo el mundo está con una zozobra... Yo estoy mas serena que nadie... Porque me he de asustar? Ay, mi buena ama! si la pierdo no necesito de cosa ninguna... Oh mi amado señor! Dios le de fuerzas para esta prueba!.. A Dios... El medico sale del cuarto... Voy á ver lo que dice... Si nos da algunas buenas esperanzas se lo pondré á V.; si no le digo nada...

CARTA X.

A SAN PREUX (1).

Muerte de Julia.

Esro se acabó; imprudente hombre, hombre desventurado, desdichado visionario! Nunca mas la verá... el velo... Julia no es...

Le ha escrito á V. Aguarde su carta, honre su postrera voluntad. Grandes

obligaciones le quedan á V. que desempeñar en la tierra.

CARTA XI.

DEL SEÑOR DE WOLMAR A SAN PREUX.

He dejado pasar los primeros dolores de V. en silencio; mi carta no hubiera hecho otra cosa que exasperarlos, y ni estaba V. en estado de informarse de estas circunstancias, ni yo de contarlas. Hoy acaso nos serán gratas á entrambos. Solo memorias me quedan de ella, y se complace mi corazón en reunir las. V. ya solo lllantos tiene que consagrarle, y tendrá el consuelo de derramarlos por ella. A mi no me fué dada esta satisfaccion de los desventurados; en mi infortunio, soy mas desdichado que ellos.

No quiero hablar á V. de su enfermedad, sino de ella. Otras madres pueden arrojar al agua detras de su hijo; el accidente, la calentura y la muerte son de la naturaleza, que esta es la comun suerte de los mortales; pero el empleo de sus postrimeros instantes, sus pláticas, sus afectos, su alma, todo esto solo á Julia pertenece. No ha vivido como ninguna otra, y nadie que yo sepa la muerte como ella. Esto solo yo he podido observar, y solo de mí puede V. saberlo.

Ya V. sabe que el susto, la emocion, la caída, la evacuacion del agua, le ocasionaron un largo desmayo, del cual no volvió bien hasta estar aquí. Asi que llegó preguntó por su hijo; trajeronsele; y apenas le hubo visto andar y responder á sus cariños, cuando se serenó enteramente, y consintió en sossegar un rato. Fué corto su sueño y como todavia no llegase el medico, mientras venia nos hizo sentar en torno de su cama á la Paca, á su prima y á mí, y nos habló de sus hijos, del continuo esmero que á su lado requeria, la forma de educacion que habia adoptado, y el peligro de descuidarse con ellos un instante. Sin hablar de su enfermedad, como de cosa que le daba sumo cuidado, preveia que no le permitira por algun

tiempo desempeñar su parte de estos afanes, y nos encargaba que nos reparáramos la que á ella le cabia entre las nuestras.

Se esplayó acerca de sus proyectos, de los de V., de los medios mas eficaces para su logro, de las observaciones que habia hecho sobre lo que podia serles ventajoso ó perjudicial, finalmente de todo cuanto podia ponernos en estado de suplir sus funciones de madre todo el espacio de tiempo que se viese ella forzada á suspenderlas. Muchas precauciones eran estas, me pensaba yo, para una que solo por algunos dias se creia privada de tan grata ocupacion; pero lo que completó mi susto fué ver que hablando de Henrieta se esplayaba en muy mas menudas circunstancias. Habia se ceñido á lo que solo á la primera infancia de sus hijos respetaba, como descargándose en otro de los cuidados de su edad adulta; tratándose de su hija abrazó todas las edades, y persuadida á que nadie en este punto supliria las reflexiones que le habia dictado su propia esperiencia, nos espuso sumariamente, pero con claridad y fuerza, el plan de educacion que para ella habia formado, usando con su madre las mas vehementes razones y las mas afectuosas exhortaciones para persuadirla á que le siguiese.

No podian menos de acalorar la plática todas estas ideas sobre la educacion de las jóvenes, y las obligaciones de las madres mezcladas con frecuentes alusiones acerca de ella propia. Vi que se animaba mucho: Clara tenia en su mano una de su prima, y á cada instante la apretaba con sus labios sin responder mas que con sollozos; no estaba mas serena la Paca, y en Julia noté que tambien se le asomaban las lagrimas á los ojos, pero que no se atrevia á llorar por temor de sobresaltarnos mas. Al punto dije entre mí: se ve muerta. La unica esperanza que me quedó fué que podia el susto engañarla acerca de su estado y hacerle ver el riesgo mas grave de lo que era realmente. Por desgracia la conocia sobrado para esperar mucho de este error. Me habia probado

repetidas veces á calmarla, supliqué de nuevo que no se agitara fuera de sazón con pláticas que se podian volver á entablar despacio otra vez. Ah, dijo, nada perjudica tanto á las mugeres como el silencio, y luego me siento con alguna calentura; lo mismo es emplear la gana de charlar que inspira en asuntos utiles que en desvariar sin ton ni son.

Causó en la casa la llegada del medico una turbacion que no es dable espresar. Todos los criados, unos sobre otros aguardaban á la puerta del cuarto, desatentados los ojos, y juntas las manos, su dictamen acerca del estado de su ama, como el fallo de su suerte. Puso ese espectáculo á la pobre Clara en tal agitacion que me temí que perdiera la cabeza, y fué menester desviarlos con distintos pretextos para apartar de sus ojos este objeto de terror. Dió el medico algunas esperanzas vagas, pero en un tono que me las quitaba. Tampoco dijo Julia lo que pensaba, porque la contenia la presencia de su prima. Cuando salió el medico le seguí yo; Clara quiso hacer lo mismo, pero la detuvo Julia, y me hizo una seña que entendí yo al instante. Dime prieta en avisar al medico que si habia peligro era menester escondersele á la señora de Orbe con el mismo y mas cuidado que á la enferma, porque no acabara de turbarla la desesperacion y la pusiera en la imposibilidad de servir á su amiga. Declaró que efectivamente habia peligro; pero que como apenas se habian pasado veinte y cuatro horas despues del accidente, era menester mas tiempo para asentar un pronóstico cierto, que la noche inmediata decidiria del curso de la enfermedad, y que no podia fallar hasta el tercer dia. La Paca presenció sola esta conferencia, y despues de haberla persuadido, no sin dificultad á que se contuviese, convenimos en lo que habia de decirle á la señora de Orbe y á los demas de la casa.

Al anochecer obligó Julia á su prima, que habia pasado la noche anterior á su lado, y que tambien queria hablarla aquella á que se fuera á descansar

(1) Empezada por la señora de Orbe, y concluida por el señor de Wolmar.

algunas horas. Durante este intervalo, habiendo sabido la enferma que la iban à sangrar del pie, y que escribía el medico varias recetas, le mandó à llamar, y le dijo estas razones: « Señor Du Bosson; cuando se cree que conviene engañar à un enfermo medroso acerca de su estado es esta una precaucion humana que apruebo; pero es crueldad hacer con todos igualmente remedios superfluos y desagradables que muchos no necesitan. Prescribame V. cuanto crea que pueda serme verdaderamente provechoso, y obedeceré con puntualidad. En cuanto à los remedios que solo para la imaginacion sirven, aborrezlos V.; mi cuerpo y no mi espíritu es el que padece, y no tengo miedo de que se acabe mi vida, sino de emplear mal lo que de ella me queda. Sobrado preciosos son los ultimos instantes de la vida para que sea licito abusar de ellos. Si no puede V. dilatar la mia, à lo menos no la abrevie privandome de emplear las pocas horas que me otorga la naturaleza. Cuanto mas breves son mas debe V. respetarlas. O hagame vivir, ó dejeme, que bien sabré morir sola.» Asi esta muger tan tímida y tan blanda en el trato comun sabia usar un estilo entero y serio en los lanceos importantes.

Fué cruel y decisiva la noche. Sofocacion, opresion, sincope, el cutis seco y abrasado, una calentura ardiente, durante la cual se la oia llamar repetidas veces à Marcelino como para detenerle, y articular tambien à veces otro nombre que tanto repetia en otro tiempo en lance semejante. Al otro dia me declaró sin rodeos el medico que no pensaba que le quedasen tres de vida. Yo solo fui depositario de este horroroso secreto, y la hora mas terrible de mi vida fué aquella que le llevé en lo interior de mi corazon, sin saber que uso de él haria. Fui à vagar solo en los bosques cavilando sobre la resolucion que debía tomar, no sin muchas tristes reflexiones sobre la suerte que en mi vejez me reponia en aquel estado solitario, que me fastidiaba aun antes de conocer otro mas suave.

El dia antes habia prometido à Julia que le diria con verdad el fallo del medico, y me habia empeñado por cuanto podia mover mi corazon à cumplirla esta palabra. Esta promesa la llevaba sobre mi conciencia. Mas ¿por una inutil y quimérica obligacion debía yo contristar su animo y hacerle paldear en copiosos tragos la muerte? Cual podia ser à mis ojos el objeto de precaucion tan cruda? anunciarle su hora postrera no era anticiparsela? en tan corto intervalo que se hacen los deseos y la esperanza, elementos de la vida? era disfrutarla aun ver tan inmediato el instante de perderla? me convenia à mi darle la muerte?

Caminaba en acelerados pasos con una agitacion, cual nunca la he sentido. Esta penosa y dilatada ansia me seguia à todas partes, y arrastraba conmigo su inaguantable peso. Por fin me resolví por una idea que me ocurrió. No se esfuerce V. en adivinarla, que es menester que yo se la diga.

¿Por quien delibero yo? por ella ó por mí? por que principios estoy discurrendo? por su sistema ó por el mio? que es lo que de uno ó de otro me está demostrado? Para creer lo que creo no tengo mas fundamento que mi opinion fundada en algunas probabilidades. Es cierto que ninguna demostracion la destruye. ¿Pero cual la establece? Tambien ella tiene su opinion para creer lo que cree, pero vé en ella la evidencia, y à sus ojos es demostracion esta opinion. ¿Qué derecho tengo à preferir, cuando de ella se trata, una mera opinion mia que reconozco ser dudosa, à la suya que reputa ella por demostrada? Comparcemos las consecuencias de ambos modos de sentir. En el suyo debe la disposicion de su hora postrera decidir de su suerte para toda la eternidad. En el mio las contemplaciones que con ella quiero gastar dentro de tres dias le serán indiferentes. Dentro de tres dias, en mi dictamen, no sentirá nada. Pero si acaso tuviera ella razon; que diferencia! gloria ó pena eterna!... Acaso! terrible es esta espresion!... Malhadado! aventura tu alma y no la suya.

Esta ha sido la primera duda que me haya hecho sospechosa la incertidumbre que tantas veces V. ha combatido, y no es la postrera vez que desde entonces se ha presentado. Sea como fuere, esta duda me sacó de la que me atormentaba. Resolvime al punto, y con temor de mudar fui corriendo à toda priesa al lecho de Julia. Hice salir la gente, y me senté; puede V. pensar con que semblante. No me valí con ella de las precauciones necesarias con los animos mezquinos. Nada le dije; pero me vió, y al instante me entendió. Crees que ya no lo sabia yo? me dijo alargandome la mano. No, amigo mio, que bien lo siento en mí; la muerte me llama à toda priesa; es preciso que nos dejemos.

Hizome entonces un largo razonamiento, de que hablaré à V. un dia, y en el cual escribí su testamento en mi corazon. Si hubiera conocido menor el suyo, sus ultimas disposiciones hubieran bastado para ponerme patente.

Me preguntó si se sabia su estado en casa, y le dije que reinaba el sobresalto en toda ella, pero que nada sabian de positivo habiendose declarado Du Buson à mi solo. Rogóme que guardase el mas profundo secreto lo restante de aquel dia. Clara, añadió, nunca sufrirá este golpe, como no le venga de mi mano, y le costará la vida si se le da otro. La noche inmediata la destino à esta triste obligacion. Por eso especialmente he querido saber el dictamen del medico, para no esponerme por mi opinion sola à dar en falso à esta desventurada golpe tan funesto. Haz que nada sospeche antes que sea tiempo, ó te espones à quedarte sin amiga, y à dejar sin madre à tus hijos.

Me habló de su padre, y le confesé que le habia enviado un propio, pero tuve buen cuidado de no añadir que en vez de ceñirse el hombre à entregarle la carta, como yo le habia mandado, se habia dado priesa à decirle el lance, y de un modo tan necio que pensauo mi anciano amigo que se habia ahogado su hija, el susto le habia hecho rodar la escalera, y se habia estropeado de manera, que estaba en Blonay malo en la

cama. La esperanza de volver à ver à su padre le causó una sensible satisfaccion, y la certidumbre de que era fallida esta esperanza no fué uno de los mas leves pesares que he tenido que disimular.

Habiale debilitado en estremo el crecimiento de la noche pasada, y no habia contribuido à fortalecerla esta larga platica. En la postracion en que se hallaba quiso sosegar un poco por el dia, y hasta de alli à dos no supe yo que no le habia empleado todo entero en dormir.

Reinaba la consternacion en toda la casa; esperaba cada uno en un mustio silencio que le sacaran de zozobra, y no se atrevia à hacer preguntas à otro de miedo que le informaran de mas de lo que queria saber, diciendo: si hay alguna buena novedad ya se darán priesa à decirnosla; si son malas sobrado presto las sabremos. Con el susto de que estaban sobrecogidos les bastaba con que no sucediese cosa que novedad fuera. En medio de esta mustia calma la unica que hablaba y obraba era la señora de Orbe. Luego que estuvo fuera del cuarto de Julia, en vez de irse à descansar en el suyo, andaba por toda la casa, paraba à todo el mundo, preguntando que habia dicho el medico, y que decian. Habia presenciado la noche anterior, no podia ignorar lo que habia visto; pero procuraba engañarse à si propia, y recusar el testimonio de sus ojos. Como aquellos à quienes hacia preguntas no le respondian cosa que no fuera propicia, la animaba esto à hacer cuestiones à los demas, y siempre con una inquietud tan viva, y un semblante tan desparovido, que si mil veces hubieran sabido la verdad nadie hubiera tenido animo para decirsela.

Cerca de Julia me violentaba, y el lastimero objeto que à la vista tenia mas que arrebato le infundia afliccion. Mas que todo temia que conociera su sobresalto; pero mal podia esconderle, y se echaba de ver su turbacion en su misma afectacion por parecer serena. Por su parte Julia nada omitia para engañarla. Sin atenuar su enfermedad hablaba de ella como de cosa pasada, y solo parecia que pensaba en el tiempo que durara

ria su convalecencia. Otro de mis suplicios era verlas ocupadas en tranquilizarse recíprocamente, cuando sabia yo tan de cierto que ninguna de las dos conservaba en el alma la esperanza que à la otra queria inspirarle.

Las dos noches anteriores habia velado la señora de Orbe, y hacia tres dias que no se desnudaba. Propusole Julia que se fuera à dormir, pero ella no quiso. Pues bien está, que le hagan una camita en mi cuarto; à menos, añadió, como si le ocurriera de repente la reflexion, que quiera acostarse conmigo. Que te parece, prima? Mi mal no se pega; tú no tienes asco de mí, acuestate en mi cama. Admitida la propuesta me despidieron, y efectivamente tenia yo mucha necesidad de descanso.

Levantéme muy temprano, y con el cuidado de lo que habia sucedido aquella noche, al primer ruido que oí entré en el cuarto. Por el estado en que estaba el dia antes la señora de Orbe colegí la desesperacion en que la iba à encontrar, y los furores que presenciaria. Cuando entré la ví echada sobre un sitial, desfigurada y amarilla, ó mas bien cardena, cenicientos y casi amortecidos los ojos, pero mansa, serena, hablando poco, y haciendo sin responder todo cuanto le mandaban. Julia era la que parecia menos debil que el dia pasado, su voz estaba mas entera, y su rostro mas animado; parecia que habia adquirido la viveza de su prima. Conoci facilmente en sus colores que esta aparente mejoría era efecto de la calentura; pero tambien ví lucir en su mirar no sé que secreto júbilo que podia contribuir à ella, pero cuyo motivo no podia penetrar. No por eso dejé el medicamento de confirmar su fallo del dia antecedente, ni mudó de opinion la enferma sobre su estado, y no me quedó esperanza ninguna.

Habiendo tenido precision de ausentarme por un rato cuando volví à entrar noté que estaba el cuarto muy aseado, que reinaba en él orden y elegancia,

habia hecho poner floreros con flores sobre la chimenea; las cortinas estaban entreabiertas y prendidas con arte, se habia oreado el aposento, y se sentia un olor agradable; nadie hubiera creido que era el cuarto de un enfermo. Se habia tocado con esmero; todavia en su vestir al desden se manifestaba la gracia y el buen gusto. Todo esto mas traza se daba à una dama de la corte que espera visitas que à una aldeana que está aguardando su hora postrera. Conoció mi extrañeza, sonrióse y penetrando mi idea iba à responderme, cuando le trajeron à sus hijos. Entonces solo en ellos pensó, y puede V. figurarse, si conociendose tan cerca de dejarlos para siempre, serian tibios y moderados sus cariños. Tambien noté que halagaba mas veces y que abrazaba con mayor fervor al que le costaba la vida, como si este sacrificio hubiese hecho que mas le quisiera.

Todos estos abrazos, estos suspiros, estos rebatos eran otros tantos misterios para las pobres criaturas. La amaban tiernamente, pero con la ternura propia de su edad; nada entendian de su estado, del exceso de sus halagos, de su sentimiento de no volverlos à ver; nos veian tristes, lloraban, y no sabian otra cosa. Aunque enseñen à los niños el nombre de la muerte, no se forman idea ninguna de ella; no la temen ni la suya ni la ajena; temen padecer y no morir. Cuando forzaba el dolor à su madre à quejarse, hendian el aire à gritos, cuando les hablaban de que iban à perderla parecian estupidos. Solo Henrieta, que tiene alguna mas edad, y que es de un sexo en que mas breve se desenvuelven la sensibilidad y las luces, parecia turbada y sobresaltada de ver à su mamita en una cama, ella que siempre estaba levantada antes que sus hijos. Me acuerdo de que con este motivo le ocurrió à Julia una reflexion muy propia de su caracter acerca de la necia vanidad de Vespasiano, que estuvo acostado mientras podia obrar, y se levantó cuando ya no podia hacer nada (1). No sé, dijo, si debe morir en

(1) Esto no está exacto. Suetonio dice que Vespasiano trabajaba en su cama, como lo tenía de costumbre, durante su última enfermedad, y hasta daba

pie un emperador, pero sí sé que una madre de familias solo para morir debe hacer cama.

Despues de haber esplayado su corazón con sus hijos, despues de haberlos cogido à cada uno de por sí, y con especialidad à Henrieta, que tuvo consigo mucho rato, y que se veia suspirar y llorar al recibir sus besos, los llamó à los tres, les dió su bendicion, y les dijo enseñandoles à la señora de Orbe: id, hijos míos, id à echaros à las plantas de vuestra madre; esa es la que Dios os ha dado; así nada os quita. Al instante correa à ella, se hincan de rodillas, le agarran las manos, la llaman su buena mama, su segunda madre. Clara se bajó à cogerlos; pero estrechandolos en sus brazos, hizo inútiles esfuerzos por hablar, solo gemidos exhalaba, no pudo proferir una sola palabra, y se ahogaba. Como se hacia la escena en estremo viva, hicie que cesara.

Pasado este instante de ternura, nos pusimos à platiear junto à la cama, y aunque con el bajar la calentura hubiese disminuido algo la viveza de Julia, se veia la misma satisfaccion en su semblante, hablaba de todo con una atencion y un interes que manifestaban un espíritu exento de zozobras; en todo estaba y atendia à la conversacion, como si no tuviera otra cosa en que ocuparse. Nos propuso que comiesemos en su cuarto para dejárnos lo menos que ser pudiese, y puede V. creer que no nos negamos à la propuesta. Sirvieron sin bulla ni confusion ni desorden, con tanta tranquilidad como si en el salon de Apolo hubieramos estado. La Paca y los niños comieron à la mesa. Viendo Julia que estabamos inapetentes halló medio de hacer que de todo comieramos prestando unas veces la instruccion de su cocinera, preguntando otras si podria probar ella los manjares, y otras exhortandonos à tener cuenta con nuestra salud que tanta necesidad teniamos de conservar para servirla, ma-

nifestando siempre el gusto que vernos comer le causaba; de modo que nos quitaba todo medio de negarnos, y mezclando con todo esto una alegría capaz de distraernos del triste objeto que preocupados nos tenia. En fin una ama de casa, ocupada en cumplir con forasteros, no hubiera tenido en cabal salud atenciones mas obsequiosas, mas amables, mas notables que tenia con su familia Julia moribunda. Nada sucedia como yo habia creido anunciarlo; nada de cuanto veia tomaba orden en mi cabeza: no sabia que imaginarme, ni lo que me sucedia.

Despues de comer dijeron que estaba el señor Ministro: venia como amigo de casa, como muchas veces acostumbraba. Aunque no le habia yo mandado à llamar, porque no me lo habia dicho Julia, confieso à V. que celebré mucho su llegada, y creo que en semejante lance no le hubiera visto con mas satisfaccion el mas fervoroso creyente. Con su presencia se iban à aclarar muchas dudas, y salia yo de una confusion estraña.

Acuerdese V. del motivo que me habia determinado à darle parte de su inmediata muerte. En virtud del efecto que à mí ver hubiera debido causar en ella esta horrorosa noticia, ¿como se podia entender el que en la realidad habia causado? ¿Que; esta muger devota, que estando en salud no pasaba dia ninguno sin recogerse, que en la oracion cifraba uno de sus mayores contentos, no tiene mas que dos dias de vida, va à comparecer ante el tremendo juez; y en vez de disponerse para este terrible instante, en vez de dar orden à su alma, se divierte en asear su cuarto, en tocarse, en razonar con sus amigos, en divertirlos à la mesa; y en todas sus conversaciones no mienta à Dios, ni el otro mundo! ¿Que podia pensar de ella, y sus verdaderos sentimientos? como habia de concertar su conducta con las ideas que de su piedad tenia? como conciliar el uso que de los postreros instantes de su vida

audiencia; pero efectivamente acaso hubiera sido mejor levantarse para dar audiencia, y acostarse para morir. Bien sé que Vespasiano sin ser grande hombre, fué à lo menos un gran principe. No importa, cualquiera que sea el papel que uno haya hecho en vida, no debe representar la comedia en muerte.

hacia con lo que al medico habia dicho de su valor? Todo esto formaba en mi entender un inexplicable enigma; porque al cabo aunque no aguardaba encontrar en ella toda la mezquina santurroneria de las devotas, me parecia sin embargo que era tiempo de pensar en lo que por tan importante reputaba, y que no sufría demora ninguna. ¿Quién es devoto durante el trafago de esta vida, como no ha de serlo cuando tiene que dejarla, y no le queda que hacer mas que pensar en la otra?

Trajerome estas reflexiones à un punto à que no habria pensado venir. Casi empecé à asustarme de que mis opiniones sustentadas con imprudencia hubiesen hecho sobrada impresion en ella. No habia yo adoptado las suyas, y con todo no hubiera querido que las abandonase. Si hubiera estado malo, ciertamente hubiera muerto en mi sentir, pero descaba que muriese ella en el suyo, y hallaba, por decirlo así, que arriesgaba mas en ella que en mí. Estas contradicciones le parecerán à V. extravagantes, y tampoco yo encuentro que sean racionales, mas no obstante han existido: no me encargo de justificarlas, solamente las refiero. Llegó al fin el instante en que se iban à disipar mis dudas, porque facil era prever que tarde ó temprano traeria el Pastor la conversacion al asunto de su ministerio, y aun cuando en sus respuestas hubiera sido Julia capaz de disimulo, muy dificil le hubiera sido disfranzarse lo bastante para que atento y avisado, como yo lo estaba, no hubiera conocido su verdadero sentir.

Sucedió todo como habia yo previsto. Dejo à un lado las razones de este mezcladas con elogios que le sirvieron de transición al ministro para tratar del motivo real de su visita, y tambien dejo lo que le dijo relativo à la dicha de coronar una buena vida con una cristiana muerte. Añadió que era verdad que habia visto en ella sobre ciertos puntos opiniones que no estaban enteramente acordes con la doctrina de la iglesia; esto es con la que puede deducir de la Escritura la razon mas sana; pero como nunca se habia osinado en defenderlas, esperaba que quer-

ría morir como habia vivido en la comunión de los fieles, y admitir en todo la profesion comun de la fe.

Como era decisiva la respuesta de Julia para desvanecer mis dudas, y no era como la exhortacion de aquellas razones que à todos dicen, voy à copiarla à V. casi palabra por palabra, porque la escuché atentamente, y fui al instante à escribirla.

«Permitame V. señor Ministro, que emiece dandole gracias por todos los afanes que para conducirme por el sendero derecho de la moral y la fe cristiana se ha tomado, y por la suavidad con que ha enmendado ó tolerado mis errores cuando me he extraviado. Llena de respeto à su celo, y de gratitud à sus bondades, declaro con gusto que à V. le debo todas mis buenas resoluciones, y que siempre me ha escitado à obrar bien, y à creer en la verdad.

«He vivido y muero en la comunión protestante, cuyas unicas reglas son la sagrada Escritura y la recta razon: siempre ha confirmado mi razon lo que proferia mi boca, y cuando no he tenido con las luces de V. toda la docilidad que habria sido necesaria acaso; era por efecto de mi repugnancia à toda especie de disimulo; nunca he podido decir que creia lo que no me era posible creer; pero siempre he aspirado con todas veras à lo que era conforme à la gloria de Dios y à la verdad. He podido engañarme en mis investigaciones, no tengo la soberbia de pensar que siempre he llevado razon, y acaso he errado siempre; pero mis intenciones siempre han sido puras, y siempre he creído lo que decia que creia. En esta materia esto era cuanto de mí dependia. Si no ha alumbrado mi entendimiento Dios, justo y elemente es, ¿como me puede pedir cuenta de una dadora que no me ha hecho?

«Esto era lo mas esencial que tenia que decir à V. acerca de los sentimientos que he profesado. Acerca de todo lo demas responde por mí el estado en que me hallo. Distraida por la enfermedad, entregada al delirio de la calentura, ¿es acaso tiempo de probrarme à discurrir

mejor que cuando disfrutaba de un entendimiento tan sano como Dios me le dió? Si entonces me engañó, me engañará ahora menos; y en el abatimiento en que me encuentro pende de mí creer otra cosa que lo que creia cuando estaba buena? La razon es la que del sentir que preferimos decide; y habiendo perdido la mia sus mejores funciones, qué autoridad lo que de ella me queda puede dar à las opiniones, que sin ella yo adoptase? Pues que me queda que hacer? Reférrime à lo que antes he creído, porque la rectitud de mi intencion es la misma, y el vigor del racionio me falta. Si incurro en el error es amando la verdad, y esto basta para serenarme al abandonar sup. y. *abandonar sup. y. abandonar sup. y.*

«En cuanto à prepararme para la muerte, señor Ministro, ya está eso hecho; mal à la verdad, pero lo mejor que he podido, y mejor à lo menos que pudiera de presente hacerlo. Para cumplir con esta importante obligacion he procurado no estar en la incapacidad de desempeñarla. Cuando sana, hacia oracion, ahora me resigno. La paciencia es la oracion del enfermo; la preparacion para la muerte es una buena vida; y no sé que haya otra. Cuando con V. conferenciaba, cuando me recogia à solas, cuando me esforzaba à cumplir con las obligaciones que me impone Dios, entonces me disponia à parecer ante su presencia; entonces le adoraba con todas las facultades que me habia dado: ¿que hiciera ahora que las he perdido? está en estado mi alma enagenada de elevarse hasta él? son digna ofrenda suya estas reliquias de una vida medio estinguida, que los tormentos corporales tienen absorbida? No, señor; que me las otorga para consagrarlas à los que me ha mandado amar, y quiere que abandone; me despido de ellos por ir à él; así en ellos debo ocuparme; en breve me ocuparé en él solo. Mis postreros contenidos en la tierra son tambien mis postreras obligaciones: ¿no es servirle todavia, y hacer para calmar una turbacion que no tengo? No está agitada mi conciencia; y si alguna vez me ha causado temores, mas he tenido en

salud que hoy. Mi confianza los disipa, diciendome que mayor es la clemencia de Dios que mis culpas, y se aumenta mi serenidad al paso que siento que à él me voy acercando. No le llevo un imperfecto, tardío y forzoso arrepentimiento, el cual dictado por el miedo no puede ser sincero, y no es mas que un cebo para engañarle; no le llevo los restos y el desecho de mis años, llenos de pesar y quebrantos, acosados de la enfermedad, los dolores y las congojas de la muerte, y que le daria cuando para nada pudieran servirme; llevole si mi vida entera, llena de yerros y pecados, pero exenta de los remordimientos del impio y los delitos del malo.

«¿A que tormentos pudiera Dios condenar mi alma? Dicen que los reprobos le aborrecen; así fuera preciso que me estorbara el amarle. No temo yo aumentar su numero. ¡Oh inmenso ser, ser eterno, inteligencia suprema, fuente de vida y felicidad, criador y conservador, padre de los hombres y rey de la naturaleza, Dios optimo, poderosissimo, de quien no he dudado nunca ni un instante, y ante cuyos ojos siempre en vivir me complacia; lo sé y me complazo en ello, voy à presentarme ante tu trono. Dentro de pocos dias, libre mi alma de sus despojos empezará à ofrecerte mas dignamente el perdurable homenaje que debe hacer mi bienaventuranza por toda la eternidad. Por nada reputo todo cuanto hasta este instante he de ser. Todavía vive mi cuerpo, pero ya se acabó mi vida moral. Padecer y morir, es todo cuanto me queda que hacer; y eso es funcion de la naturaleza; pero yo he procurado vivir de manera que no necesitase aparejarme para la muerte, y ahora que se acerca la veo llegar sin susto. Quien se duerme en el seno de un padre no tiene porque temer la hora de despertarse.»

Dicho este razonamiento, al principio en tono grave, y luego en voz y acento mas elevado, y produjo en todos los asistentes, sin exceptuarme yo, una impresion eso mas viva que lucian los ojos de la que le pronunciaba con sobrenatural fuego; su colorido le animaba un esplen-

dor nuevo, parecía radiante, y si hay en el mundo alguna cosa que el nombre de celestial merezca era su rostro, mientras estaba hablando.

Embargado, arrebatado el mismo Pastor con lo que acababa de oír, exclamó alzando las manos y los ojos al cielo: Gran Dios, este es el culto que te honra; dignate de serle propicio; pocos semejantes te tributan los humanos.

Señora, dijo acercándose á la cama, yo creía instruir á V., y es V. quien me instruye. V. tiene la fe verdadera, la que hace amar á Dios. Llevese consigo esa preciosa serenidad de una buena conciencia, que no la engañará; muchos cristianos he visto en el estado en que V. está, y en V. sola la he hallado. ¡Que diferencia de tan apacible muerte á la de aquellos pecadores que roe el gusano remordedor, y que acumulan tantas secas y vanas oraciones porque no son dignos de ser escuchados! Señora, la muerte de V. es tan ejemplar como su vida; esta la ha consagrado á la caridad, y muere martir del cariño maternal. Ya sea que Dios nos restituya á V. para que nos sirva de dechado, ó que la llame á sí para remunerar sus virtudes; ¡ojalá que nosotros todos vivamos y muramos como V., que así estaremos seguros de la bienaventuranza venidera!

Quiso irse, y ella le detuvo. V. es amigo mio, le dijo, y uno de los que con mas gusto veo; y por estos son para mí preciosos mis últimos momentos. Vamos á dejarnos por tanto tiempo, que es menester no darnos prisa á dejarnos. Se quedó con gusto, y salió yo entonces del aposento.

Vi cuando volvi que seguía la conversación sobre la misma materia, pero con otro tono, y como sobre cosa indiferente. Hablaba el Pastor del falso espíritu que atribuían al cristianismo, convirtiéndole en una religion meramente de moribundos, y á sus ministros en hombres de mal agüero. Nos miran, decía, como mensajeros de la muerte, porque en virtud de la opinion tan cómoda de que basta con un cuarto de hora de arrepentimiento para borrar cincuenta años de delitos, solo en este

tiempo gustan de vernos. Es menester que nos vistamos de un color lúgubre, que afectemos un semblante severo: nada se omite para que infundamos espanto. Todavía es peor en otros cultos. Un católico moribundo solo de objetos que le aterrizan se ve cercado y de ceremonias que le entierran en vida. Por el afán que en apartar de él los demonios ponen, cree ver su cuarto lleno de ellos; se muere cien veces de susto antes que se le acabe la vida, y en este estado de terror se complace en sumirle la Iglesia para estafarle mayor cantidad de dinero. Demos gracias al cielo, dijo Julia, por no haber nacido en esas religiones venales que matan á las personas para heredarlas, y que vendiendo la bienaventuranza á los ricos, llevan aun al otro mundo la injusta desigualdad que en este reina. No dudó de que fomenta la incredulidad todas esas tenebrosas ideas, infundiendo natural aversión al culto que las mantiene. Espero, dijo mirandome, que el que debe educar á nuestros hijos profesará maximas diametralmente opuestas, y no les pintará lúgubre y triste la religion mezclada sin cesar con ella el pensamiento de la muerte. Si los enseña á vivir bien, aprenderán á bien morir.

Continuando esta plática, que fué menos seguida y mas cortada de lo que á V. le refiero, acabé de conocer las maximas de Julia, y la conducta que me había escandalizado. Todo procedía de que viendose enteramente desahuciada, solo pensaba en desviar de sí el inútil y funeral aparato con que se rodea el terror de los moribundos, ya fuese para dar otro giro á nuestra aflicción, ó ya para evitarse á sí misma un espectáculo que sin provecho la entristeciese. La muerte, decía, es en sí tan penosa, que no hay para que torarla disforme. El afán que malgastan otros en querer dilatar su vida le empleo yo en disfrutar hasta el fin de la mia; solo se trata de saber resolverse, que todo lo demas sigue naturalmente. He de convertir mi aposento en hospital, en un objeto de fastidio y asco, mientras que mi último esmero es reunir en él todo cuanto mas

quiero? Si dejo que se estanque en el mal aire, será menester desviar á mis hijos ó arriesgar su salud. Si estoy vestida de manera que infunda miedo, nadie me conocerá, y no seré la misma; todos os acordareis de haberme amado, y yo no me podreis sufrir; tendré presente en vida el espantoso espectáculo del horror que cause hasta á mis amigos, como si fuera ya muerta. En vez de eso he hallado el arte de dar sancha á mi vida sin alargarla. Existo, amo, soy amada, vivo hasta mi postrer aliento. El momento de la muerte es nada, el mal de la naturaleza corta cosa, y yo he desterrado todos los de la opinion.

Estas y otras pláticas semejantes tenían la enferma, el Pastor, algunas veces el medico, la Paea y yo. La señora de Orbe siempre se hallaba presente, y jamas contestaba. Esmerandose en remediar las necesidades de su amiga, la servia con prontitud. Lo demas del tiempo inmovil y casi exanime la miraba sin decir palabra, y sin oír nada de lo que decian.

Temíendome yo que con el mucho hablar perdiere Julia las fuerzas, me aproveché de un instante en que se habian puesto el Ministro y el Medico á razonar uno con otro, y arrimandome á ella le dije al oído. Mucho hablar es ese para una enferma, y mucho raciocinar para quien no se cree capaz de formar raciocinios.

Si, me dijo quedo, hablo mucho para una enferma, pero no para una moribunda; dentro de poco no diré nada; por lo que á los raciocinios respeta, no los hago ahora, que los tenia hechos. En salud sabia que habia de morir. Muchas veces he meditado acerca de mi enfermedad postrera, y hoy me aprovecho de mi prevision. Ya no estoy en estado de pensar ni resolver, y no hago mas que decir lo que habia pensado, y practicar lo que habia resuelto.

Lo demas del dia, menos algunos accidentes, pasó con la misma serenidad, y casi del mismo modo que cuando se hallaba todo el mundo con salud. Julia era, como cuando estaba buena, afectuosa y halagüeña; hablaba con el mismo pulso, la misma libertad de animo, y hasta con un semblante que á veces rayaba en alegría; finalmente seguía yo distinguiendo en sus ojos cierto movimiento de júbilo que cada vez me inquietaba mas, y acerca del cual me determiné á explicarme con ella.

Aquella misma noche lo puse en efecto. Viendo que me habia quedado solo para hablarle me dijo:

Me has ganado por la mano, porque tenia yo que hablarte. Muy bien está, le dije, pero puesto que yo me he adelantado dejame hablar primero.

Sentandome entonces á su lado, y mirandola de hito en hito le dije: Julia, mi querida Julia, tú has despedazado mi corazon, aunque hayas empezado muy tarde. Si, continúe viendo que me miraba pasmada; bien te he comprendido, te alegras de morirme, estás contenta con dejarme. Acuerdate de la conducta de tu esposo desde que juntos vivimos; ¿te he merecido afecto tan cruel? Al instante me cogió ambas manos, y en aquel tono que sabia tocar en lo intimo del alma: quien? yo? yo quiero dejarte? así penetras mi corazon? tan presto te has olvidado de la conferencia de ayer? No obstante repliqué, mueres contenta... Lo he visto... lo estoy viendo... Detente, dijo; cierto es que muero contenta, pero es de morir como he vivido tu digna esposa. No me preguntes mas, que no te diré nada mas; pero ahí tienes, continuó sacando un papel de debajo de la cabeceera, con que acabar de descifrar este misterio. Este papel era una carta, y vi el sobre dirigido á V. Te la entrego abierta, añadió al darme la que después de haberla leído te determines á enviarla, ó á rasgarla, según creas que mas á tu prudencia y á mi honor conviene. Te ruego que no la leas hasta después de mi muerte, y estoy tan cierta de que harás lo que te suplico, que no quiero ni que me lo prometas. Esta carta, querido San Preux, es la que va adjunta. En balde sé que es muerta la que la ha escrito; con dificultad puedo persuadirme á que no es nada.

Hablóme luego de su padre con inquietud. Que, dijo, sabe que se halla su hija en peligro de muerte; y no sé yo de él si le ha sucedido alguna desdicha? ha dejado de amarme? Que mi padre... este padre tan tierno... ¿abandonarme así? ¿dejar que me muera sin verle!... sin recibir su bendición! sus postreros abrazos!... O Dios! ¿cuanto se arrepentirá cuando no me encuentre! Esta reflexion le daba sumo pesar. Creí que le sería mas llevadera la idea de su padre enfermo que indiferente, y me resolví a confesarle la verdad. Efectivamente el sobresalto que esto le causó fué menos acerbo que sus primeras sospechas. No obstante la idea de no volverle á ver le causaba mucha amargura. Ay, dijo, que será de él después de mí? ¿á quien querrá? ¿sobrevivir á toda la familia?... que vida será la suya? estará solo, no será vivir. Este fué uno de aquellos momentos en que se hizo sentir el horror de la muerte, y recobró la naturaleza su imperio. Suspiró, cruzó las manos, alzó los ojos, y vi que efectivamente hacia aquella difícil oracion que habia dicho que era la del enfermo. Volvió á mí. Me siento debil, me dijo, y prevén que podrá muy bien ser esta la última conferencia que tengamos juntos. En el nombre de nuestra union, en el nombre de nuestros queridos hijos que de ella son prenda, no seas de hoy mas injusto con tu esposa. Yo alegrarme de dejarte! á ti que solo para hacerte feliz y casta has vivido! á ti que entre todos los hombres eres quien mejor me convenia, y acaso el único con quien podia yo hacer buen matrimonio y ser mujer de bien! Ah! creé que si tenía para mí estimacion la vida era por pasarla contigo. Estas palabras dichas con ternera tanto me movieron, que aplicando reiteradas veces mi boca á sus manos que en las mías tenía, las sentí bañadas en mis lágrimas. No creía que fuesen mis ojos capaces de derramarlas. Fueron las primeras desde que nací y serán las últimas hasta mi muerte. Después de habérlas vertido por Julia, no se deben véter por nada.

Fué este para ella un dia de fatiga,

La preparacion de la señora de Orbe la noche anterior, la escena de los niños por la mañana, la del Ministro por la tarde, y la conferencia por la noche conmigo le habian quitado las fuerzas. Descansó algo mas esta noche que las pasadas; fuése á causa de su debilidad, ó ya que efectivamente fueran menores la calentura y el crecimiento. Al otro dia por la mañana me vinieron á decir que un hombre muy mal vestido solicitaba con muchas instancias hablar á solas con mi muger. Le habian dicho el estado en que se hallaba y habia insistido diciendo que se trataba de una buena accion, que le conocia muy bien á la señora de Wolmar, y que bien sabia que mientras tuviese vida tendría satisfacion en hacer bien. Conóu observaba ella por práctica inviolable no despedir nunca á nadie, y especialmente á los desdichados; me hablaron de este hombre antes de mandarle fuera. Le hice entrar. Estaba cubierto de andrajos, tenia el semblante y el habla de la miseria; en cuanto á lo demás nada vi en su fisonomia ni en sus razones que me hiciera pensar mal de él. Estaba empeñado en no hablar con otro que con Julia. Díjete que si se trataba de algun socorro para sustentar la vida, sin importunar para eso á una muger que estaba agonizando, haria yo lo que hubiera podido hacer ella. No, me dijo, no pido dinero, aun que me hace suma falta; pido una prenda que me pertenezca, una prenda que estimo en mas que todos los tesoros del mundo, una prenda que por culpa mia he perdido, y que solo la señora, á quien se la debí, puede segunda vez restituirme.

Esta respuesta, de la cual nada entendí, me determinó no obstante. Lo mismo hubiera podido decir un bribon, pero no lo hubiera dicho con el mismo tono. Exigia misterio; ni lacayo, ni doncella... Parecíanme estrañas estas precauciones, no obstante las tomé todas. Elevéle al fin. Me habia dicho que le conocia la señora de Orbe, pasó por junto á ella, y no le conoció, pero no lo estrañé. Julia le reconoció al instante, y viéndole tan desharapado me riñó por-

que así le habia dejado. Fué muy afectuoso este reconocimiento. Vuelta en sí Clara con el ruido se acercó, y le reconoce al fin, no sin dar algunas muestras de júbilo; pero las pruebas de su buen corazon se eclipsaban todas en su hondo dolor; un solo afecto lo absorbia todo, y no sentia cosa ninguna. No necesito decir, decri á Ya quien era este hombre. Recordó su presencia muchas memorias; pero mientras que le consolaba Julia, y le daba buenas esperanzas, la sobrecegó una violenta sofocacion, y se halló tan mala que creímos que iba á espirar. Para no dar una escena, y evitar las distracciones, en un momento en que solo se debía pensar en socorrerla, hice entrar al hombre en el gabinete, advirtiéndole que se cerrara con llaves. llamamos á Paeta, y á poder de tiempo y afanes volvió la enferma de su accidente. Viéndonos á todos conternados en torno de ella, nos dijo: hijos míos, esto no es mas que una prueba; y no es cosa tan cruel como piensan.

Restablecióse la calma; pero habia sido tamaño el susto que se me pasó de la idea el hombre que estaba en el gabinete, y cuando me preguntó Julia al oído que se habia hecho, estaba la mesa puesta, y todo el mundo allí. Quise entrar á hablarle, pero habia cerrado la puerta por dentro; como yo se lo habia mandado, y fué menester aguardar hasta despues de comer para hacer que saliera.

Durante la comida Du Bosson, que se hallaba en ella, hablando de una viuda moza que decian que se casaba en segunda nupcias, añadió algunas reflexiones sobre la triste suerte de las viudas. Otras hay mas dignas de compasion, dije yo, que son las viudas cuyos maridos están vivos. Paeta vió que esta reflexion se dirigia á ella, replió: es verdad especialmente cuando son queridos. Empezó entonces á tratarse del suyo; y como en todos tiempos habia hablado de él con cariño, era natural que aun hablara con mas interes cuando la perdida de su bienhechora le iba á hacer mas dura la de su esposo. En efecto se esplicó en

terminos muy afectuosos salabando su buena indole, quejándose de los malos ejemplos que le habian seducido, y sintiendo tan de veras su perdida, que dispuesta ya á la tristeza se movió hasta llorar. Abriése á deshora el gabinete, el hombre andrajoso sale de él á todo correr, y se arroja á sus plantas, y las abraza descechando lágrimas. Un vaso que en la mano tenia se le cae al desventurado, y donde vienes? se deja caer sobre ella, y se hubiera desmayado sino se le hubieran administrado prontos socorros. Fácil es imaginarse todo lo demás. En un instante se supo en toda la casa que habia llegado Claudio. Anet: el marido de la buena Paeta; que recogió! Apenas estaba fuera del aposento cuando ya estaba pertrechado. Si no hubiera tenido cada uno mas que dos camisas, hubiera tenido en breve Anet solo tantas cuantas á todos los demás juntos los hubieran quedado. Cuando salt para darli vestidos, hallé que de tal modo me habian ganado por la mano, que me fué menester usar de autoridad para obligarlos á que volverán á tomar lo que le habian dado.

Paeta no obstante no queria dejar á su ama. Para hacer que estuviera algunas horas con su marido pretextó que necesitaban los niños tomar el aire; y se les dió á los dos el encargo de sacarlos á pasear con ellos. No incomodó esta escena á la enferma; nada habia habido en ella que no fuese agradable, y le hizo provecho. Pasamos la tarde Clara y yo junto á ella, y tuvimos dos horas de una conversacion serena, que hizo ella la mas interesante; y la mas embelesadora que hasta entonces habiamos tenido.

Empezó con algunas observaciones acerca de la afectuosa escena que acababamos de presenciár, y que con tanta viveza le retrataba los primeros tiempos de su mocedad; siguiendo luego el hilo de los sucesos, hizo una corta recapitulacion de su vida entera, para mostrar que evaluandolo bien todo habia sido sereno y venturoso; que de grado en grado habia subido al apice de la felicita-

dad permitida en la tierra, y que el azar que cortaba el hilo de sus días en mitad de su carrera indicaba, según todas las apariencias, en su curso natural el punto de separación de los bienes y los males. Dió gracias al cielo por haberle dado un corazón sensible e inclinado al bien, un entendimiento sano, una cara agradable; por haberla hecho nacer en un país de libertad y no entre esclavos, de una familia honrada, y no de un linaje de malhechores, con un decente caudal, y no en las grandezas del mundo que estragan el alma, ó en la indignidad que la envilece. Se dió el parabién de haber nacido de un padre y una madre ambos virtuosos y buenos, llenos de honor y rectitud, y que templando uno los defectos del otro, habían modelado su razón por la de ellos sin comunicarle su debilidad el uno, ó sus preocupaciones el otro. Ensalzó la ventaja de haber sido educada en una religión racional y santa, que lejos de embrutecer al hombre le ennoblece y le exalta, y sin favorecer la impiedad ni el fanatismo permite ser sabio y creyente, ser de consuno religioso y humano.

Apretando luego la mano del su prima, que en la suya tenía agarrada, y clavando en ella aquel mirar que debe V. conocer, y que el descaecimiento hacía aun mas expresivo, dijo: Todos estos bienes, han sido dados á otros mil; pero este, á mi sola me le ha dado el cielo. Soy muger, y he tenido una amiga; quiso que nacíeramos á un mismo tiempo, puso en nuestras inclinaciones una concordancia que jamás se ha desmentido, formó uno para otro nuestros corazones; nos estrechó desde la cuna, la he conservado todo el tiempo de mi vida, y su mano cierra mis ojos. Hallad otro ejemplo semejante en el mundo, y de nada me jacto; que de prudentes consejos me ha dado! de cuantos riesgos me ha librado! de que penas sin ha consolado! ¿Que hubiera sido yo sin ella? que no habria hecho de mi si la hubiera escuchado mejor? Acaso valdria hoy tanto como ella. Clara en respuesta bajó la cabeza sobre el seno de su amiga, y quiso aliviar sus sollozos

con llanto, pero no le fué posible. Julia en silencio la estrechó largo rato á su pecho. En estos instantes no hay palabras ni lagrimas. Se serenaron, y continuó Julia. Con estos bienes habia mezclados inconvenientes, que esa es la suerte de las cosas humanas. Era mi corazón propenso al amor; mal contentadizo en cuanto al merito personal, indiferente acerca de todos los bienes de la opinion, y era casi imposible que con mi inclinacion se avinieran las preocupaciones de mi padre. Necesitaba un amante que escogiese yo propia. Presentose, y creí que le escogia; sin duda que le escogí por mi el cielo, para que entregada á los errores de mi pasion no me abandonase á los horrores del delito, y para que perdida la virtud no se borrara á lo menos su amor en mi alma. Usó aquel estilo decente y que capta el animo, con que cada dia seducen mil bribones á doncellas de buena indole; pero él solo entre tantos era hombre de bien, y pensaba lo que decia. ¿Era mi prudente quien esto habia discernido? No; primero no conocí de él mas que sus palabras y me sedujeron. Por desesperacion hice lo que por descaro otras le brindé con mi persona; y como decia mi padre, y me respetó. Entonces fué cuando le pude conocer. Todo hombre capaz de accion semejante tiene un pecho noble, y puede cualquiera fiarse de él. Pero antes ya me fiaba yo, atrevime luego á fiarme de mi propia, y así nos perdimos.

Con mucha complacencia hizo larga reseña del merito de este amante; le hacia justicia, y pero se echaba de ver cuan grato era para su corazón el hacerla, y le alababa aun á costa suya. A poder de ser equitativa con él era inicuá consigo propia, y se agravaba por honrarle, sustentando hasta que le horrorizó mas que á ella el adulterio, sin acordarse de que él mismo habia refutado esto.

Con el mismo espíritu fué repasando todas las circunstancias de su vida. Milord Eduardo, su marido, sus hijos, el regreso de V., nuestra amistad, á todo

dió la forma mas propicia. Sus mismas desgracias la habian preservado de otras mayores. Habia perdido á su madre cuando podia ser mas cruda para ella; su perdida; pero si se la hubiera conservado el cielo en breve se hubiera introducido el desorden en su familia. El apoyo, aunque floco, de su madre hubiera bastado á darle animo para resistirse á su padre, y de aquí hubieran resultado discordias y escandalos, talvez deshonor y desastres, y acaso cosas peores, si hubiera vivido su hermano. Se habia casado contra su voluntad con un hombre á quien no queria, pero sustentó que nunca hubiera podido ser tan feliz con otro ninguno; ni aun con el que habia amado. La muerte del señor de Orbe le habia quitado á un amigo, pero para restituirle su amiga. Hasta sus penas y sus quebrantos los miraba como ventajosos porque habian estorbado que su corazón se endureciera para las miserias ajenas. Nadie sabe, decia, cuan suave es enterneerse de los propios y los agenos males. La sensibilidad deja siempre en el alma cierto contentamiento de si propio independiente de los sucesos y la fortuna; Cuanto he gemido yo! cuantas lagrimas he vertido! Pues si hubiera de volver á nacer con las condiciones que escogiese, el mal que he hecho seria el unico que de mi vida quitara, el que he padecido todavia me seria grato. Repito á V. San Preux, sus propias palabras; cuando haya leído su carta acaso las entenderá mejor.

Ved, continuó, á que felicidad he llegado. Mucha disfrutaba, y mas esperaba todavia. La prosperidad de mi familia, una buena educacion para mis hijos, todo cuanto amaba reunido en torno de mi ó que iba á estarlo. Lo presente, lo venidero, igualmente eran halagüeños, reunianse para hacerme feliz el gozo y la esperanza; mi felicidad habia subido por grados al apice, y no podia menos que disminuir; habia venido sin que yo la esperara, y se hubiera huido, cuando yo la hubiese creído duradera. ¿Que hubiera hecho para sustentarme en este punto la suerte? Es dado al hombre un estado permanente?

No; cuando todo se ha grangeado es forzoso perder, aunque no sea mas que el gusto de la posesion, que con ella misma se gasta. Mi padre ya es anciano; mis hijos estan en la tierra edad en que está mal asegurada la vida. ¿Que de pérdidas me podian afligir, sin que me quedara ya nada que grangear pudiese! El amor maternal se aumenta sin cesar, y se disminuye la ternera filial á medida que viven los hijos mas apartados de su madre. De mayor edad los míos se hubieran separado de mí, hubieran vivido en el tráfaço del mundo, y hubieran podido olvidarme. Tú quieres enviar uno á Rusia; ¿que de llantos me hubiera costado su ausencia! Poco á poco se hubiera ido desprendiendo todo de mí, y con nada hubiera suplido las pérdidas que hubiera hecho. ¿Cuántas veces me hubiera podido ver en el estado en que os dejo? Finalmente, ¿no hubiera sido preciso morirme? ¿Y acaso la postrera de todos! acaso sola y abandonada! cuanto mas uno vive, mas apego coge á la vida; aun sin disfrutar de nada hubiera padecido el tedio de la vida y el miedo de la muerte, ordinaria consecuencia de la vejez. En vez de eso, todavia son gratos mis postreros instantes, y tengo vigor para morir, si puede llamarse morir dejar vivo lo que se quiere. No, amigos míos; no, hijos míos; no os dejo, por decirlo así, que me quedo con vosotros; dejándoos á todos unidos os quedan mi espíritu y mi corazón. Siu cesar me vereis en medio de vosotros, sin cesar os sentireis rodeados de mí... Y luego nos reuniremos; cierta estoy de ello, ni se me irá el buen Wolmar. Mi reunion con Dios serena mi alma y suaviza un penoso instante, prometiendome el mismo destino que para mí para vosotros. Me sigue y se afianza mi suerte, fui feliz, lo soy, y voy á serlo; está fija mi dicha; se la arranco á la fortuna, y no tiene mas linderos que la eternidad.

En esto estaba cuando entró el Ministro. Este la honraba y la estimaba de veras, y sabia mejor que nadie cuan viva y sincera era su fe. Eso mas pasmado quedó de la platica del dia anterior, y